

Sentada en un frío banco de aquella conocida plaza, Esperanza divagaba entre hermosos recuerdos de la infancia. El lugar se presentaba sombrío y solitario. Apenas cuatro o cinco personas se distinguían dispersas por la zona. Sitio en el que, primero su abuelo y después su padre regentaron un bar familiar que quedó atrás en el tiempo. Sus antiguos propietarios cayeron en idéntica desgracia.

La piedra helada adormecía sus piernas desnudas como si una canción de cuna les cantase. Aunque no era lo único estremecedor allí: respiraba momentos de felicidad que pululaban dispersos en el ambiente, percibiéndolos en cada bocanada de aliento profundo. Pero ¿por qué regresó a ese sitio?

La chica defendía fielmente la idea de que las personas nunca mueren del todo. En realidad, dejan un legado en forma de evocadores momentos, que se antojan como el de pequeñas semillas, las cuales germinan en nuestros pensamientos y traen a estos seres de nuevo a la vida. Por eso, le encantó sentarse en aquel lugar, porque las raíces que la unían a él hacían emanar una energía invisible a cualquier ojo: savia que sentía fluir con gran intensidad desde el corazón.

La mayor parte de su niñez transcurrió correteando por aquella plaza que tanto había cambiado. Incluso hacía los deberes mientras merendaba en el Bar del olvido. Jamás volvió a probar ese manjar de pan con aceite, chocolate y extra de cariño del abuelo.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Javier al verla pensativa—. Estás muy callada.

—En realidad, es mi silencio el que habla. Callo mientras pienso, pienso cuando evoco, evoco por todo lo que en este lugar sobre mí guarda el silencio.

—¡Qué poético!

—Creo que nunca te conté lo especial que me es esta plaza. En esa sucursal bancaria mi familia tenía un bar de barrio. Encantador lugar en el que ocurrían historias maravillosas.

La cara de Esperanza era pura ilusión ante el recuerdo. La mirada le brillaba, el rostro se pintó con una sonrisa y los gestos denotaban alegría. Toda esta magia impregnó a Javier de un modo gratificante, como un virus de felicidad que te contagia al instante.

Durante un tiempo indeterminado, la joven relató los memorables momentos que había vivido allí. El chico no interrumpió el monólogo sentimental: juegos de críos, payasos de circo, un paracaidista, las uvas de Nochevieja, el accidente de tráfico, un robo, Miguel el mendigo, la obra del metro, la celebración de una victoria deportiva, la gran fuente de agua, la visita del Rey, el torneo mundial de ajedrez, la gran manifestación del cambio climático, cargas policiales, el finado, un espectáculo pirotécnico, la noria gigante, el árbol de Navidad, la feria del libro, el poblado medieval,

...

—Seguro que tus historias dan para un libro —le cortó el joven al ver que no remataba el relato y que su ilusión iba en aumento. En realidad, resultaba bastante interesante y curioso todo lo que contaba.

—Pero lo que más añoranza me genera son los buenos momentos familiares que pasé. —La voz de Esperanza se percibía fracturada por la emoción—. Todo lo celebrábamos en ese bar que quizá debí conservar...

—Entonces no nos hubiéramos conocido... —apuntó él con cierta tristeza.

El silencio de la joven volvía a hablar: parco en palabras, pero abundante en significado.

—Es curioso lo mucho que puede cambiar el porvenir por nuestras decisiones —sentenció Esperanza. Comenzaba a ser consciente de que la añoranza por una época pasada le nublaba la razón; de que la hermosura de los recuerdos radicaba en las adversidades vividas en otros momentos; de que lo bello y lo trágico se suceden en la vida como una secuencia temporal preestablecida; de que la clave para la felicidad radicaba en disfrutar del día a día.

—Tampoco Noelia hubiese nacido. —Javier posó la mano en el vientre de la chica.

Incluso el bebé dio una patadita, reclamando su cuota de protagonismo.

—Llevas razón. Fue la mejor decisión que pude tomar... Cerrar aquella etapa y empaquetar todos los recuerdos. Dedicarme a eso por lo que mis padres tanto lucharon. Prosperar lejos de este lugar para mí tan mágico como doloroso...

Su mirada se perdió, fija en punto distante; seguía hurgando en esa vieja maleta que guardaba en algún rincón de la memoria. Seguro que apartada junto a la imagen de su primera bicicleta. Justo al lado del almacén del primer beso. Unos cinco trasteros más allá de Javier.

Todos tenemos un lugar donde el silencio habla, los recuerdos emergen para cobrar vida y la felicidad fluye al instante. Solo es cuestión de sentarse y esperar a que la magia ocurra. Aquel banco resultó ser su portal esotérico.

«¡Tan! ¡Tan!» —El reloj del ayuntamiento comenzó a marcar una nueva hora en punto.

Esperanza volvió a la realidad de una sacudida. Parecía regresar de un sueño en el que permanecía divagando y sin interés por despertar. El sonido de las campanas se presentaba como el agua fría que interrumpía el magnífico trance.

«¡Tan!» —Regresa.

Un olor dulzón embriagaba el ambiente.

«¡Chocolate!» —descubrió sorprendida.

«¡Tan! ¡Tan!» —El reloj insistía, anunciándole con determinación el cambio de rutinas a la gente.

—¿Qué te ocurre? ¿Te asustaste por algo? —la voz de Javier sonó lejana pero reparadora.

—¡No puede ser! —exclamó atónita—. ¡No...!

«¡Tan!» —Estoy aquí.

La chica se levantó del banco de manera brusca. Parecía que alguien hubiera calentado la piedra a una temperatura considerable. Después, se giró y su felicidad mutó a sorpresa.

«¡Tan!» —¡Hola!

—¡Imposible! —insistió al verlo—. ¡No puede ser!

«¡Tan!» —¡Cuánto tiempo! — «¡Tan!»

Javier la contemplaba cariacontecido. Ajeno a lo que estaba ocurriendo.

—Pero ¿qué pasa? Me tienes preocupado. —El chico se puso en pie. También él sintió un temor invasor sin saber a qué.

«¡Tan!» —Llevo siglos aquí. Nunca te he abandonado.

—En todo este momento no me había dado cuenta. ¡El reloj...! ¡El reloj...!

«¡Tan!» —Terminé. Son las once.

—¿Cómo he podido ser tan idiota?! Me dejé llevar por la emoción y no he caído.

La sonrisa irónica de Esperanza denotaba lo estúpida que se sentía por cometer tamaño despiste: el de contemplar la plaza del revés en todo momento. Engañada por una simetría arquitectónica que se presentaba tan milimétrica como maliciosa. Donde el reloj era el único elemento diferenciador. Pero la joven lo había obviado en todo momento hasta que este reclamó su trono.

Una bofetada de olor a chocolate golpeó por segunda vez sus papilas olfativas. Esperanza no salía del asombro ante lo que descubría.

«Bar del olvido» —anunciaba el cartel luminoso de aquel lugar que siempre estuvo allí.

—¡Mira! —exclamó con los ojos abiertos de manera exagerada. Estaba en puro éxtasis—. ¡Ahí! ¡Es el bar de mi abuelo!

Javier la abrazó, emocionado. Contento al ver la felicidad de su mujer en aquel trance emocional en el que las antiguas vivencias se sucedían sin descanso. Embriagado por esa magia invisible que una vez más sentía brotar desde el pozo de los recuerdos de Esperanza.

Caminaron hacia el bar cogidos de la mano. El joven percibió el pulso tembloroso de la muchacha a medida que se acercaban. La plaza se presentaba solitaria, el local algo animado.

Casi nada había cambiado: el viejo rótulo de la fachada, las antiguas sillas vejadas, la decoración envejecida, los azulejos de la pared ahora deslucidos y los retratos de la vejez del abuelo. Imágenes amarillentas aviejadas por el tiempo en las que aún se podía ver a su familia.

Esperanza lloró, abrumada por un sentimiento tan bonito como doloroso. Una mezcla entre el “que nunca acabe” y un “haz que pare”. Llanto que no buscaba un hombro para el consuelo, sino un

gesto de comprensión. Comprensión que llegaría al conocer sus propias raíces. Raíces ancladas muy atrás en el tiempo. Tiempo lejano que ahora originaba su llanto.

—Todo esto es demasiado —sollozó.

Javier la abrazaba, acariciando con las manos la espalda de Esperanza para transmitirle cariño y apoyo.

—¿Te apetece un chocolate? —la invitó. En realidad, trataba de tantear su estado emocional.

La joven había descolgado uno de los cuadros de la pared. Lo sostenía entre sus manos. El cristal se apreciaba punteado con pequeñas lágrimas. Papá y el abuelo mantenían impasible la sonrisa.

—¡Son los anteriores dueños del negocio! —informó una mujer a las espaldas.

Ella devolvió la foto al lugar en el que se mantuvo durante más de treinta años.

—¡Y esta “cosita” de aquí soy yo! —exclamó sonriente.

Después de algunas explicaciones, tomaron asiento. El chocolate no sabía igual que el de antaño; era de esperar. No importaba, porque presente, pasado y futuro se daban cita en una mesa servida con emociones y algo caliente. Donde la añoranza retaba a un pulso a la rutina, haciendo emerger la sombra de lo que nunca fue, pero pudo haber sido. En un menú de decisiones determinantes para el porvenir que la conducirían a conseguir lo que siempre sonó.

«Todo lo que fui y lo que soy están en este mismo lugar», pensó. «Qué feliz y afortunada me siento por tenerlos a mi lado», apuntó mientras se tocaba el vientre.

Una sucesión de casualidades había propiciado que acabaran allí aquel día. Carambolas que la enfrentaron a viejos fantasmas que creyó olvidados: el dolor de evocar a sus antepasados y la pena que deja el recuerdo. Por eso se alegró de regresar al lugar que resultaba su cuna. Porque, aunque sus cimientos emocionales se zarandearon, resistieron el terremoto del que siempre había huido.

Ahora se sentía mucho más fuerte. Vender el bar resultó ser un acierto. Igual que marcharse de la ciudad en busca de un mejor futuro. Porque la suerte se persigue y, como un cazador que insiste en capturar a su presa, ella logró atrapar a la huidiza fortuna.